

043. El Espíritu de santidad

Dios había prometido a lo largo de todo el Antiguo Testamento que en los últimos tiempos, en los días mesiánicos, mandaría su Espíritu sobre la tierra. Y el Espíritu del Señor —el mismo que fecundaba las aguas en los días de la creación y hacía brotar de ellas la vida—, haría brotar la vida de Dios en un mundo que se había vendido al pecado y a Satanás. El Espíritu Santo sería el realizador de la nueva creación.

Muere Jesús, nos merece el Espíritu Santo, lo envía en Pentecostés, y empieza la renovación de toda la tierra, que se convierte de un desierto en un jardín delicioso. Porque se va implantando la santidad y la vida de Dios allí donde no reinaba sino el mal y la muerte.

Todo esto lo canta, hecho oración, uno de los himnos más bellos de la Iglesia dirigido al Espíritu Santo, al que le dice con ternura sin igual:

- Lava lo que está sucio; riega lo que está seco del todo; sana lo que está tan enfermo; doblega lo que se muestra tan rebelde; calienta lo que no es más que frío; endereza lo que va tan torcido...

Con una súplica como ésta, la Liturgia de la Iglesia nos recuerda sin cesar la Palabra de Dios dicha por el profeta Ezequiel, que contemplaba la inmundicia de Israel, y Dios prometía:

- Os lavaré con agua pura y quedaréis bien limpios; os purificaré de todas vuestras inmundicias e idolatrías; os daré un corazón nuevo; meteré dentro de vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré vuestro corazón de piedra y lo sustituiré con un corazón de carne (Ezequiel 36,25-26)

Ya se ve lo que la Biblia y la Liturgia de la Iglesia nos dicen sobre la obra del Espíritu Santo dentro de nosotros.

El Espíritu Santo se nos da, ciertamente, para hacernos cantar y aplaudir en nuestras asambleas cristianas y carismáticas en alabanza continua a Dios.

Pero se nos da, sobre todo, para cambiar radicalmente nuestras vidas, haciéndolas dignas del Señor.

Hoy nos conviene mirar mucho al Espíritu Santo. Porque son muchos los cristianos que se desaniman al contemplar el panorama del mundo. Por todas partes no se ve más que indiferencia religiosa, falta de amor, injusticia, impureza, afán desmesurado de placer, robos y asesinatos...

Cualquiera diría que el mal va a poder más que el bien y que va a triunfar definitivamente. Pero no es así, aunque las apariencias sean muchas veces tan descorazonadoras.

Nosotros sabemos que el Espíritu de Dios está al tanto, y, cuando se le acoge con amor, sabe transformar los corazones más rebeldes en los corazones más dóciles a Dios.

Los dos males más graves que aparecen en esas palabras de Ezequiel, aplicadas a nuestros días, son el abandono de Dios y la inmoralidad social. Dos males ciertamente muy serios y contra los cuales nosotros nos declaramos impotentes.

¿Qué hacer ante una sociedad secularizada que se declara indiferente, irreligiosa, agnóstica y atea? Si no le importa Dios, ¿qué caso nos va a hacer cuando le hablemos de Dios precisamente?...

Por otra parte, la lujuria en todas sus formas se está expandiendo de tal modo que se convierte casi en una obsesión social. Es la diosa moderna, casada con el dios-oro de siempre. ¿Quién es capaz de levantar un dique ante ese desbordamiento de la inmoralidad?

El corazón de piedra, que no quiere ni ama a Dios, debe desaparecer del pecho de la sociedad, y ser cambiado por el corazón de carne que se dé a su Dios, Creador y Salvador.

La inmundicia debe ser lavada por el agua pura que brota del Costado de Cristo, fuente de santidad que embellecerá al mundo.

Digamos confiadamente que el remedio existe, y este remedio es el Espíritu Santo que nos manda nuestro Redentor, el Señor Jesucristo.

El mundo grecorromano, cuando llegó el cristianismo, no estaba mejor que el mundo moderno, y el Espíritu Santo, que se metió de aquella manera el día de Pentecostés, logró formar una sociedad cristiana sobre las ruinas de la gran Babilonia, la Roma pagana, la gran prostituta, la cual, más que caer, lo que hizo fue convertirse en la nueva ciudad de Dios...

Y esto es lo que quiere seguir haciendo el Espíritu Santo, que se mete y actúa en el mundo de muchas maneras.

Y uno de los modos más significativos que tiene el Espíritu Santo para actuar en el mundo es precisamente nuestro propio testimonio.

Quien nos ve apegados a Dios, creyentes en Dios, alegres en Dios, amantes de Dios, unidos a Dios en el cumplimiento de su Ley, limpios en la presencia de Dios, entusiastas en la oración y en los cantos a Dios..., el que nos ve a nosotros así de felices y así de fieles se convence muy pronto de que el mundo no puede ofrecerle lo que le ofrecemos nosotros.

Y nosotros no ofrecemos sino lo que llevamos dentro y se nos ha dado, el Espíritu Santo, que con su gracia ha hecho de nosotros los hombres y las mujeres de la nueva creación.

¡Espíritu Divino, Espíritu Santo, Espíritu de Dios! Ven, y renueva la faz de la Tierra. Aunque sea a la fuerza, arráncanos el corazón de piedra y danos un corazón de carne, capaz de amar.

Sobre el lodo inmundo del pecado, que venga una inundación de agua purísima y lo embellezca todo.

¡Espíritu Divino, Espíritu Santo! Si lo puedes hacer, ¿por qué no lo haces?...